

Adiós a Víctor Hugo Rascón Banda (1948-2008)

La comunidad cultural de México se vistió de luto el día 31 de julio al fallecer una de las figuras más admiradas del teatro mexicano. La desaparición de Víctor Hugo Rascón Banda poco antes de cumplir los 60 años, de una leucemia crónica, fue una triste noticia que se divulgó rápidamente por la red electrónica, tecnología que también permitió que los amigos y admiradores del difunto pudieran compartir su gran tristeza ante esta gran pérdida. A mí se me ha pedido escribir este breve homenaje, un honor del que no me siento del todo digna, ya que conocía a Víctor Hugo más que nada desde lejos, aunque llevábamos veintiséis años de amistad. A pesar de la distancia geográfica que nos separaba, a Víctor Hugo lo guardaba siempre en el corazón, y aún más desde que me enteré de su enfermedad; porque yo lo quería y porque yo también había pasado por el cáncer, algo que me unía a él así como a todos los que conocen el cáncer muy de cerca. Si esta terrible enfermedad tiene algo de positivo, es que nos hace, casi intuitivamente, reconocer al otro que ha viajado por el mismo sendero, por el que el Víctor Hugo caminó tan valientemente durante 15 años.

En la autobiografía de su enfermedad, Víctor Hugo confiesa que muchas veces se hizo la misma pregunta: ¿Por qué a mí? También indica que para él, esta autobiografía era el “diario de un condenado,” del paciente que primero cree que podrá sobrevivir, pero que poco a poco va dándose cuenta que quizás éste no sea el desenlace de su drama personal. Pero creo que esta pregunta debe formularse de otra manera: ¿Por qué a mí se me dio este enorme talento, esta insaciable sed por conocer y vivir todo lo que esta vida nos brinde. ¿Por qué a mí este corazón tan generoso, y esta profunda sensibilidad ante el dolor y la miseria del otro? ¿Por qué a mí tantos y tan buenos amigos? Si no había una respuesta incontrovertible al por qué de su cáncer, la respuesta a estas otras preguntas si lo es: Porque Víctor Hugo nació así, dotado de una energía inagotable que él supo usar para el bien de todos, de un talento artístico que él supo desarrollar a lo máximo, de una inteligencia aguda que



Foto: Archivo personal de Víctor Hugo Rascón Banda

él supo ir afilando toda su vida, y de una empatía y generosidad para con los demás que fue el don más grande que la vida le otorgara.

Estos dones personales resaltan a la vista en la biografía artística de Víctor Hugo, que incluye más de medio centenar de textos dramáticos, varios guiones de cine y dos importantes novelas; en los muchos galardones que recibió, entre ellos el Premio Juan Rulfo, el Premio Juan Ruiz de Alarcón, el Premio Nacional de Teatro Ramón López Velarde, la Medalla Xavier Villaurrutia, el ser elegido para dar el mensaje del Día Mundial del Teatro, y poco antes de morir, la ingreso como Miem-

bro de Número a la Academia Mexicana de la Lengua. Esa energía inagotable con el que nació explica cómo, además de su tan productiva vida artística, Víctor Hugo pudo desempeñar importantes cargos administrativos, como la presidencia de la SOGEM desde el 2000 hasta su fallecimiento, años en los que luchó por los derechos de autoría del escritor mexicano, además de protestar la censura y la tacañería presupuestaria del gobierno mexicano para con el arte y la cultura en México. Las palabras con las que sus amigos han halagado a Víctor Hugo tal vez son la mejor muestra del amor profundo que se le tenía a este gran hombre, tales como *hombre entusiasta que siempre se preocupó por ayudar al otro; guerrero inquebrantable que dejó marca en todos los que lo conocieron; hombre bien intencionado, cálido y afectuoso; maestro generoso.*

En lo personal, yo añadiría que Víctor Hugo fue un amigo generoso con todos nosotros los académicos de Estados Unidos quienes a través de los años íbamos a México para conocer a este importante dramaturgo, para así mejor conocer su obra. En mi caso, nunca me dijo que estaba demasiado atareado para recibirme, o para llevarme a Chihuahua para ver el estreno de una de sus obras, o para invitarme a cenar en San Ángel así como en su casa, o para tomar un café un VIPS en el centro, o para acompañarme al teatro.

Siempre fue cariñoso conmigo, aunque una vez fue bien duro en cuanto a mis interpretaciones de algunas de sus piezas. Me sentí herida, pero sólo porque yo quería que él me admirara tanto como yo a él. El la primavera del 2005, tuve el placer y el honor de tener a Víctor Hugo aquí en mi universidad, como invitado especial para dar la conferencia magistral en el congreso anual de Literatura Mexicana Contemporánea que se celebra aquí. Se le aplaudió la conferencia, se le reconoció en el Consulado Mexicano en El Paso, vinieron familiares suyos desde Chihuahua, y todos comentaron lo amable, generoso y sencillo que era Víctor Hugo. Vino a mi casa y nos habló largamente de la obra que preparaba sobre el secuestro de Laura Zapata; era un gran narrador y todos los que lo escuchábamos quedamos fascinados. Se veía lo contento que estaba, y cuando se fue, me dejó un recado telefónico diciéndome que se regresaba a México con muy buenos recuerdos y cariño en su corazón por mí; palabras que nunca olvidaré y que me conmovieron más de lo que Víctor Hugo hubiera podido imaginarse. Sólo vi a Víctor Hugo una vez más, en diciembre del 2007, en Ciudad Juárez para la presentación de su libro *Demiurgo de una teatralidad sin fronteras*. Y sí, Víctor Hugo, fuiste un demiurgo, pero en todos los sentidos, y hasta podría decirse que también fuiste un nuevo Centauro del Norte. Víctor Hugo, te vamos a extrañar terriblemente y siempre te vamos a recordar. Gracias por haberme y por habernos enriquecido la vida.

Kirsten Nigro
University of Texas, El Paso



Figura señera, chihuahuense por antonomasia, dramaturgo del Norte por excelencia, coloso de la dramaturgia mexicana con un pie en Uruachi y otro en el Distrito Federal, Víctor Hugo Rascón Banda dedica su vida y su muerte no sólo a redimensionar las letras dramáticas de la frontera con la mitad de su producción literaria – teatro, novela, cine – sino a tender puentes, abrir caminos, despejar cauces para que la actividad artística del septentrión mexicano sea conocida y reconocida en el país y en el mundo. Él sostenía que lo que no se presenta en la capital del país no existe, de modo que en infinidad de ocasiones apoyó la presencia de grupos, publicaciones, puestas en escena, proyectos y demás parafernalia fronteriza en la ciudad de México. Mucho se ha dicho de él que era un guerrero. Menos belicista, yo prefiero



Foto: Rocío Galicia

llamarlo activista teatral, promotor de talento, abogado de los creadores. Me baso para ello en su obra maestra *Apaches*, que no es la épica del “hasta vencer o morir,” no el conflicto que ha de resolverse con “tu muerte o la mía,” sino el dilema de identidad en el que se encuentran confundidos los factores culturales durante el proceso poscolonial que a la postre habrá de resolverse en mestizaje, sincretismo y por encima de todo, fluidez. Precisamente será *Apaches*, puesta en escena por el grupo Tequio cuyo director es el dramaturgo tamaulipeco Medardo Treviño, el montaje que lo represente y sirva de tributo para mantener viva su memoria durante la Muestra

Nacional en puerta, la que habrá de celebrarse del 7 al 15 de noviembre 2008 en el teatro magno que lleva su nombre en el Centro Cultural Paso del Norte de Ciudad Juárez, como uno más de los muchos homenajes que se le rendirán en los estados fronterizos.

Rascón Banda ya no escribirá más, no obstante, sus escritos hablarán su idioma de profunda preocupación social, de acendrado conocimiento del alma humana, de amor por sus semejantes, de escrupuloso desentrañamiento de las pasiones... y es desde esa permanencia que redacto no un réquiem sino un himno de esperanza, no un obituario sino un manifiesto de vida.

Víctor Hugo Rascón Banda debe a la sierra de Chihuahua el poder rarámuri de la metamorfosis y la supervivencia. Hay quien nace varias veces porque tiene muchas vidas, y no me refiero a renacer de sus cenizas como el ave Fénix, pues no se trata de la Hélade mítica, sino de las atalayas del territorio tarahumara desde las cuales el gato montés contempla el cielo a sus pies, con las nubes amusgadas entre barrancos y desfiladeros, y el aire que asfixia de tan puro.



Foto: Rocío Galicia

A pesar de la proximidad perentoria de la muerte, Víctor Hugo siempre fue/será un sobreviviente, un rebelde, así me lo hizo saber en las numerosas charlas que sosteníamos en preparación de lo que él llamaba su biografía y que a mí me parece una novela extraordinaria o una de esas películas de acción en las que el héroe esquivo todos los obstáculos sin apenas despeinarse.

Me parece estarlo oyendo: ¿Por qué no disfruté la conversación de mis amigos? ¿Por qué no disfruté los ensayos teatrales? ¿Por qué no disfruté la arena y el mar? ¿Las cabalgatas en medio de los pinos? Un rancho, un rancho. ¿Por qué no tuve un rancho con vacas, borregos, chivas y un par de caballos, como el rancho del vaquero Marlboro, como el maravilloso rancho de mi colega Sam Shepard con Jessica Lange a su lado, día y noche?

Víctor Hugo Rascón Banda renacía/renace de nuevo, renace cada día, sobrevivirá, pervive, cada día le es otorgada la oportunidad de ser, de expresarse, y lo hace con intensidad, casi me atrevo a decir, con desmesura, pero no lo hago porque este recuento, aun cuando apenas es un atisbo, no deja lugar a dudas respecto a que todas sus vidas, su infancia en Santa Rosa, su adolescencia en Chihuahua, su juventud en Ciudad Juárez, su edad adulta en el DF, sus cincuenta y tantas vidas sucesivas de dramaturgo, a veces si-

multáneas entre sí o con actividades alternas de profesor, jurista, novelista, líder de opinión, no son sino la prueba palpable de ese torbellino que fue/es su existencia artística y profesional. Larga vida para él ahora que ha alcanzado el sueño de la inmortalidad.

Enrique Mijares



Víctor Hugo Rascón Banda vivía para el teatro, cada día lo demostraba apoyando a algún creador, elaborando un prólogo, escribiendo una obra o facilitando una puesta en escena. Era un hombre generoso que compartía conocimientos y experiencias, pero también era un crítico implacable. No entendía la postura de quienes hacen un teatro aséptico, es decir, una creación que da la espalda a su cronotopía. Para él, el teatro debía asumir su responsabilidad social. Con frecuencia repetía: “A través del teatro no hablan sus creadores, sino la sociedad de su tiempo.” Él se describía como un intermediario entre la realidad y el espectador. En el mensaje que elaboró para conmemorar el Día Mundial del Teatro (2006), escribió: “El teatro conmueve, ilumina, incomoda, perturba, exalta, revela, provoca, trasgrede; es una conversación compartida con la sociedad.” Estas palabras fueron una expresión acotada de su ideario.

Para Víctor Hugo la región Norte de México fue la fuente de su dramaturgia. En una entrevista que me concedió en su casa de Tepoztlán emitió: “Sigo yendo al norte a alimentarme porque se me acaba, pierdo el acento, pierdo lo que traigo, lo gasto. Como un pozo me seco y tengo que ir aunque sea ocho días, aunque sea un fin de semana [...]. Regreso cargado y otra vez alimentado de palabras.” Para él, la realidad se convertía en la provocación que lo llevaba a tomar la pluma para plantear metáforas, por eso decía que escribía por indignación, o cuando una situación lo conmovía. Según él no inventaba nada, simplemente escribía lo observado. Su intención, decía, era dar fe de lo ocurrido, como un notario. Leía, hacía investigación documental, escuchaba las opiniones de los especialistas y de la gente que le rodeaba e identificaba cuándo una situación era susceptible de convertirse en material dramático. “Ahí hay una obra,” advertía luego de escuchar una historia o leer una noticia. En un suceso cotidiano él veía una veta que había que pulir con esmero para encontrar los personajes imprescindibles, las acciones, la

estructura de la narración, los silencios, las pausas y el lenguaje que conformaría primero un texto literario y luego una propuesta escénica. Víctor Hugo conocía el valor de la palabra sobre el escenario, por eso, su teatro no sólo es estética, hay en él una propuesta ética. La cual se encuentra en la especificidad de la mirada del artista. Ese ser que redimensiona, enfoca, ve lo que otros pasan desapercibido y establece conexiones.

Desde su primera obra hasta la última mantuvo inquebrantable su posición ética. Sus obsesiones dramáticas eran la injusticia, la violencia, el racismo, la marginación, la lucha por el poder y la enfermedad social. Por ello, no resulta extraño que su obra dramática haya sido descrita entre los años 80 y 90 como: teatro documental, teatro periodístico, teatro de nota roja, teatro de denuncia o teatro del delito. Definiciones que intentan dar cuenta de un ejercicio escritural afinado en la crudeza de la realidad. Efectivamente, Víctor Hugo escribía de su tiempo y entorno, sin embargo, las premisas que formuló fueron cimentadas con materia imperecedera. Así es como se explican los reconocimientos que su teatro ha tenido en otras geografías donde el público reconoce una genialidad enfundada en el saco de la sencillez.

En la entrevista citada me confesó: “A mí los temas íntimos no se me dan, pienso que no tengo derecho a molestar al público para que salga de su casa y vaya al teatro a ver una obra que habla de mis preocupaciones individuales o personales.” El dolor de los otros y el propio encontró una salida poética en su teatro. Sus personajes se dejan ver en sus contradicciones, las situaciones planteadas resultan una suerte de vibración primigenia que resuena en aquellos sitios donde hay enfrentamientos culturales, donde la mujer es menospreciada, donde las minorías étnicas son discriminadas y donde anida toda clase de injusticia. Su dramaturgia explora universos que otros ignoraron. Desveló el componente multirracial de México y planteó a la mujer como la sensibilidad de la nación.

Víctor Hugo fue un creador congruente con sus ideas y sus obras. Se fue dejando cincuenta y siete textos que constituyen un imprescindible tratado est/ético de nuestros días.

Rocío Galicia

Centro Nacional de Investigación Teatral “Rodolfo Usigli,” México



Las mujeres de Rascón Banda

Para la inauguración del Teatro Rascón Banda en Ciudad Juárez, me preguntaron si quería integrar una mesa con el título *Las mujeres de Rascón Banda* y lo primero que me pregunté fue: ¿A cuáles mujeres de Rascón Banda se referirían? ¿A María Rojo, Luisa Huertas, Angélica Aragón, Angelina Pélaez, Julieta Egurrola, sus actrices amadas y admiradas? ¿A su madre, sus hermanas, sus sobrinas, las Lucero, Rita Benicio, que desde su infancia, su pasado y su pueblo lo acompañaron cada uno de sus días? ¿A las indispensables mujeres cotidianas de su apresurado vivir: Pastora, Amparito, Maribel? ¿O a los personajes femeninos de su teatro, a medio camino entre la realidad y la fantasía, a medio camino entre la mujer real y la soñada? Nunca sabremos con exactitud quiénes fueron las mujeres de Rascón Banda. Lo que sí sabemos es lo que él mismo confiesa en *¿Por qué yo?*:

El saber escuchar a los demás [...] me viene de niño, desde que escondido tras un sauce o un álamo escuchaba a las mujeres que lavaban en el río hablar de sus maridos, de sus hijos, sus actos sexuales, sus problemas económicos, sus partos, sus deseos. Veía el mundo y tenía una visión del universo a través de la mirada y sensibilidad femeninas.

Dicen que los hombres ven en las mujeres, cosas con las que ellos han perdido contacto a nivel personal, individual, social, colectivo e histórico. Y que por eso, quieren que nos comportemos como proyecciones de sus necesidades.

Las protagonistas femeninas en el teatro de Rascón Banda, nos cuentan historias que sin ser las mismas, son iguales: conmovedores pedazos de vida que deambulan entre trabajos y placeres de cocina, de amor y de sexo, siempre en esos no lugares de las fronteras del exilio, de la clandestinidad, de la supervivencia. ¿Sentía tal vez el autor que el género masculino ha perdido contacto con esa frontera de exilio, de clandestinidad y de supervivencia que aún parece caracterizar a las mujeres? ¿O eran solamente proyecciones de sus necesidades?

Mujeres tostando chiles rojos y caricias. Mujeres preguntándose: ¿por qué?, ¿por qué yo? Mujeres defendiendo a otras mujeres con su vida. Mujeres sobreviviendo. Mujeres buscando un blindaje jurídico, que en su caso, resulta completamente ineficaz. Mujeres que dan cuenta de que la muerte de un sistema de poder sostenido por el padre, el compañero, el caudillo, dejan a la madre, la mujer, la esposa, la hija, en el vacío social y emocional, como Teresa y Silvia en *Playa Azul*, Alicia y sus compañeras en *La isla de*

la pasión, Conrada, Damiana y Jacinta en *Contrabando*, Valeria en *Voces en el umbral*, o María en *Sazón de mujer*.

Mujeres encarnadas en personajes femeninos que son metáforas de la injusticia social, del desorden y la fractura social misma, como Rita, la india tarahumara de *La mujer que cayó del cielo*, Tina, la protagonista de *Tina Modotti*, Elvira de *La fiera del Ajusco* o Concha, de *Alucinada*, condenadas todas por el poder al aislamiento, al encierro y al silencio; condenadas todas por sus sociedades por querer una vida distinta, propia, humana, a la medida de sus sueños y posibilidades. Mujeres como Rosa Lucero en *Cierren las puertas*, las tres Malinches en *La Malinche*, o Helia y Selene en *Veracruz, Veracruz*, en busca de un lugar de equidad y realización en un mundo de hombres. Mujeres que reconocen claramente tres formas de exilio: el exilio en tierra extraña, el exilio en la propia tierra y el exilio de sí mismas, como las protagonistas de *Mujeres que beben vodka*, que se reconocen hechas del mismo barro, preguntándose cómo dejar de ser extranjeras.

Mujeres elegidas por el escritor hombre, para que digan sus palabras, porque así como Rascón Banda elige, para su dramaturgia, reescribir para la ficción historias reales que en la realidad fueron protagonizadas por mujeres, como es el caso de *La fiera del Ajusco*, *Tina Modotti*, *Sazón de mujer*, *Hotel Juárez*, *La mujer que cayó del cielo*, *Mujeres que beben vodka*, *Alucinada*, también toma historias reales que fueron en la realidad protagonizadas por hombres, como es el caso de *Ahora y en la hora*, donde Esther, la escritora, cuestiona al destino y a la vida. Mujeres desde la mirada excitada pero temerosa de un niño oculto tras una puerta, oyendo confesiones sexuales y vitales que al no comprenderlas, lo llenaron de deseos y miedos, un niño ante el enigma, la incertidumbre, lo imaginado. O como esas dos conmovedoras mujeres de *Los apaches*, una madre angustiada por la guerra, por la muerte de un hijo, robado por el otro bando y al que su necesidad de sobrevivir al dolor de haberlo perdido a manos del enemigo — dolor que no es posible siquiera concebir de manera humana — la hace no reconocerlo cuando años después, él regresa en su busca. Mujer partida en dos desde hace años, que no puede aceptar a este recién llegado que dice ser su hijo, que ya no puede siquiera darle el nombre de hijo, porque la palabra, de no usarla, ha dejado de existir para ella. O esa joven blanca secuestrada por los apaches, quienes le tatúan el rostro. Está embarazada de alguno de ellos y aunque tiene la oportunidad de regresar con los blancos, escoge quedarse. Escoge quedarse porque de todas maneras, ya ha perdido todo: hogar, tierra, pueblo al que pertenecía. Lleva la marca de la deshonra, del despojo y la violación en su

rostro. Es decir, lleva la marca del exilio, porque será exilada en cualquiera de los dos lugares, porque la geografía no ha sido nunca el problema de los despatriados. Esa es la marca que no se borrará nunca.

Las protagonistas femeninas en el teatro de Rascón Banda no tienen adónde ir, han perdido casa, hombre, hijos, seguridad, pasado, historia, ya no saben siquiera quiénes son y han extraviado también sus lugares de pertenencia, no les queda casi nada, pero ese poco, ese resto que aún les queda, está ligado a la fuerza vital de la cocina, del impulso sexual, del amor y del instinto de vida, convirtiéndose así en las encarnaciones cóncavas de su creador.

Él llega a Costa Rica de incógnito. Los actores estamos nerviosos sin saber por qué. Sus ojos se llenan de lágrimas en San José, en el D.F., en Tijuana y en Wisconsin. Físicamente no está con nosotros ni en Puebla, ni en Ciudad Juárez, ni en Mexicali, ni en Nueva York, ni en Kansas, ni en Chile, ni en Bélgica, ni en Montevideo, ni en República Dominicana, ni en Urbino, ni en Grecia, pero a ratos, creemos que está ahí. Hubiera querido crear la Rita, la Alicia y la Malinche de los sueños de todos los que van al teatro.

¿No es ése el deseo irrefrenable de ser actriz? Y tal vez, también, el de ser autor. Con su Rita soy mapuche, árabe, centroamericana. Con su Alicia y su Malinche soy cada una de nosotras en su propia situación límite. En la violencia, en la injusticia, en la intolerancia. ¿No es ésa la responsabilidad ineludible de ser actriz? Y tal vez, también, la de ser autor. Palabra, acción, conmoción y revelación, nombran lo que hay alrededor, nombran el mundo y a una parte de los dos.

Yo vengo de un pueblo feliz. Y los pueblos felices, dicen que no tienen historia. Aunque mi pueblo ha dejado de ser feliz, aún no sabe cómo tener historia. Vengo de un pueblo que nunca soñó siquiera con los tarahumaras, ni con la Isla de Clipperton, ni con los apaches, ni con niñas perdidas en medio de la memoria, buscando un lugar dónde encontrarse consigo mismas. A los apaches, a lo sumo, los conocimos en alguna película de vaqueros, de ésas con las que Hollywood nos inventa lugares, acontecimientos y épocas que nunca existieron y que son parte de un imaginario mítico que nubla la realidad.

No me avergüenzo. Muchos mexicanos tampoco las conocen. Son interesantes y conmovedoras, pero cada vez es más claro para mí que ninguna de las obras de Rascón Banda me tocan por la anécdota, aunque esté llena de acción, puntos de giro y climáticos y para él, parezcan ser el elemento central de su dramaturgia. Ni siquiera me involucran por el rescate histórico, valiosísimo, que él respeta y reconstruye como un deber ineludible, paso a

paso, con cartas, documentos, fechas, nombres, actas de juicios, expedientes médicos, traiciones. Todo está contado. Todo está documentado. Pero no es allí donde está la clave ni el misterio poderoso de su palabra.

Es cuando lo cuenta desde las mujeres, cosa que hace en la mayoría de sus obras, cuando el misterio se devela. Desde sus personajes hombres, la anécdota, la trama, la realidad de la historia, es lo importante. Pero en boca de los personajes femeninos, una se descubre, como él mismo se debe de haber descubierto, apache, tarahumara, isleña, mujer bebedora de vodka, forastera de este mundo en que le tocó vivir, y peor aún, una extraña para sí misma. Un descubrimiento que ocurre porque no hay madre que no esté siempre al borde de perder a su hijo; porque no hay enamorada que no esté siempre al borde de ser marcada por el hombre que se siente dueño de su vida y de su destino; porque no hay esposa que no esté siempre al borde de morir en alguna isla en medio de la nada, en una guerra que no le pertenece; porque no hay mujer que no esté siempre al borde de ser llamada loca desde la otra orilla desde donde el hombre la mira.

Desde los personajes masculinos, Rascón Banda cree que la vida es un exilio constante del que hay que regresar, desde sus mujeres, su teatro nos interroga sobre la existencia de ese sitio mítico, imposible, al que habría que regresar, nos interroga sobre si ese sitio es el lugar del amor y nos interroga sobre el por qué regresar a ese lugar en el que los hombres no pueden estar, no quieren estar y en el que terminan irremediamente, por no saber estar. Ese lugar al que los hombres depositarios de nuestra identidad y de nuestra pertenencia, escindidos eternamente por guerras propias y ajenas, por misiones altruistas y egocéntricas, que creen en la fuerza para la resolución de conflictos, que creen que el sentido de la vida está en someter a la Naturaleza, al tiempo y al resto de la especie, han ahogado con extrañas reglas, leyes y prejuicios, concebidas a su imagen y semejanza.

Y es en estas preguntas donde las mujeres, extranjeras en todas partes, educadas para creer que los hombres son nuestra patria, nuestra razón de ser, nuestro principio y final, mujeres que buscamos un techo, un amor, un hijo, una posibilidad de resignarnos, de acostumbrarnos o de morirnos y así dejar de ser emigradas, desterradas, nos sentimos involucradas. ¿No lo dice aquella oración que nos enseñan madres y abuelas, pienso ahora que con la secreta misión ancestral de enseñarnos a hacer el camino más transitado, menos doloroso o tal vez, más corto, “a ti suspiramos, gimiendo y llorando, los desterrados hijos de Eva”?

Siempre me pregunté quién era Rascón Banda. ¿Un fugitivo, un ilegal, una fiera, una voz en el umbral, un montañés que cayó del cielo, un alucinado, un guerrero, un ejecutivo, un bebedor de vodka, un apache? Leyendo su obra, interpretando como actriz sus personajes, diseñando el movimiento escénico de sus situaciones dramáticas, resulta claro que las mujeres, sus peripecias, sus pasiones, su capacidad de olvido y de recuerdo, su apuesta incansable, intuitiva, ineludible por la vida, ese imposible que todos terminamos creyendo posible, su determinación ciega e inexplicable por la defensa de la especie, son en una primera instancia, de carácter político, al ser las voces de su indignación de ser humano, de escritor, voces de su búsqueda de explicación a los siglos de malentendidos generados por la estructura patriarcal, su dolor, su inconformidad, su rabia y su conciencia por el género más desprotegido, más sumiso, más sufriente del género humano; pero en una segunda instancia, son una proyección de sus necesidades de futuro: una imposibilidad que cuece a fuego lento, en el cuerpo y el deseo de las mujeres, una escritura de subversión entendida como una escritura de supervivencia, de deseo de vivir. Aunque sea una vida prestada, una vida en la que, como lo acusaba su madre, se vive para trabajar, o una vida en la que, como defendía él, se trabaja para vivir, en lugar de una vida que, como decía yo, se viva para vivir.

El 31 de julio del 2008, Rascón Banda, muy a su pesar, se fue a buscar historias a otro lugar, alejado de aquí y ojalá menos inhóspito e injusto que aquí. Y esto será otro misterio más sobre él, que nunca resolveré.

María Bonilla
Costa Rica